

# La buena música está desapareciendo

La buena música está desapareciendo.

Literalmente.

Nadie sabe con exactitud cuándo empezó a ocurrir. Al principio fueron rumores, historias difíciles de creer sobre cantautores que se volatilizaban súbitamente en medio de conciertos en locales humildes. Estaban desapareciendo instrumentistas, compositores, y desapareció cualquier duda sobre la veracidad de aquel bizarro fenómeno cuando artistas de renombre empezaron a desaparecer en medio de conciertos televisados. Nada lo precedía, no había ninguna explosión, no había humo, no quedaba ningún rastro; en un momento estaban allí y, al segundo siguiente, ya no.

Tales acontecimientos provocaban reacciones dispares. Las personas que presenciaron cómo Bruce Springsteen se esfumó de la realidad en un parpadeo durante un concierto en el Royal Albert Hall comentaron que no hubo ningún grito en el público, ningún ataque de histeria colectiva, pues no parecía que el cantante hubiese fallecido, tan sólo que se había ido a otra parte. Algunos se quedaron en silencio, boquiabiertos, con la mirada fija más allá del escenario. Otros se empezaron a reír, y algunos iniciaron una pelea, intentando canalizar la frustración que sentían por el hecho de que nadie podía ser culpado de semejante suceso.

Nadie consiguió explicar el porqué de lo que pasaba, pero se pudo constatar que sucedía siempre en las mismas circunstancias: sencillamente, cuando alguien hacía buena música, dejaba de existir de forma inmediata. Bien podía ser un autor dando a luz un nuevo disco, un saxofonista de jazz haciendo un espléndido sólo durante una jam session, o cualquier persona a la que se le ocurría una dulce melodía cantando en la ducha.

A falta de una explicación lógica, llegó un punto en el que la gente decidió creer en lo que fuera que aquellas desapariciones significaban para ellos. Se empezó a normalizar, y llegó a convertirse en un macabro sello de calidad de la música archivada. Ahora hay coleccionistas de discos de vinilo ampliando su estantería con los discos que hicieron desaparecer a Pattie Smith o a Michael Jackson, críticos musicales justificando sus críticas en base a si el artista sigue existiendo o no, y fanáticos gastando cientos de miles de euros en el cable de conexión tipo jack con el que Jimi Hendrix tenía conectada su guitarra en el momento en que este se evaporó de la realidad.

De los artistas que todavía están entre nosotros, son pocos los que se deciden a aceptar su destino y seguir creando su arte sabiendo que cualquier nota, cualquier frase, cualquier verso o cualquier estribillo puede ser el último. Pero muchos otros, por el contrario, no consideran hacer tal sacrificio. Reniegan de seguir el camino que aquel sistema sobrenatural les impone; rechazan la idea de tener que perder su único medio de expresión, que son ellos mismos, a cambio de poder ser recordados como una imagen, un símbolo, un fenómeno. Cada día, miles de músicos abandonan el arte que tanto aman con el fin de evitar desaparecer, no sabiendo que, con ello, tan sólo están haciéndose desaparecer a sí mismos antes de tiempo.